

La comprensión de la desigualdad

Mayra P. Espina Prieto

Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

La observación de la diferenciación social como una estructuración sistemática, funcional, persistente y causal, que soporta numerosos procesos de reproducción de la sociedad, configura grupos en apariencia atrapados en una posición y constreñidos en un espacio preestablecido de opciones de vida, posibilidades de reflexión y acción, y se asocia a la distribución de recompensas, materiales y simbólicas, a la desigualdad en el acceso al bienestar y al poder que cada uno de ellos tiene, constituye uno de los objetos fundacionales de las ciencias sociales que, desde su conformación como disciplinas autónomas, hacia la segunda mitad del siglo XIX,¹ han intentado explicar la desigualdad, entendiéndola como cualidad esencial de lo social.

La desigualdad como objeto de las disciplinas sociales

Los modelos de intelección de la desigualdad se han caracterizado por la diversidad paradigmática y por la oposición de visiones causales, pero dos nociones

generales aparecen en todas: estructura y estratificación. La entrada de la noción de estructura al pensamiento social se produce por la utilización de analogías orgánicas, lo social como organismo vivo, como conjunto de estructuras que organizan y vinculan las partes del todo con una finalidad determinada.

Desde ese comienzo organicista, la idea de estructura constituye la piedra de toque en la construcción de las explicaciones sociológicas apegadas a un ideal de cientificidad clásico o simplificación,² al designar lo esencial, necesario, determinante, ordenado, coherente y estable, en oposición a lo secundario, aleatorio, arbitrario, caótico, variable y coyuntural, y sintetizar el conjunto de cualidades básicas de lo social, sus mínimos de existencia: totalidad dinámica ordenada, constituida por partes articuladas y organizadas para cumplir funciones diversas; dependencia mutua de las partes-elementos; intercambio entre ellas; persistencia y capacidad de cambio adaptativo que permite perseverar y mantener lo esencial; características de las colectividades —no imputables o reductibles totalmente a los individuos— que actúan con un efecto de limitación de las acciones y la subjetividad de estos, entramado de fuerzas sociales en interacción.

La noción de estratificación social —analogía geológica— indica un perfil de fragmentos ordenados en capas superpuestas, fronterizas y jerarquizadas: desigualdades organizadas en estratos, entre los que se distinguen posiciones superiores e inferiores, asimétricas. «Estructura» enfatiza el doble aspecto —fijo-dinámico y relacional— de las desigualdades, su interdependencia y su articulación con otras estructuras o sistemas sociales; «estratificación», el aspecto gradacional jerárquico de estas y que da base a análisis de movilidad social en la lógica de ascenso-descenso.

Hacia el siglo XVII queda superado el supuesto, típico de las sociedades preindustriales, de la «naturalidad» de las desigualdades, reemplazado por la idea de que los seres humanos nacen iguales y que es la forma específica en la cual se organizan las sociedades, las que otorgan lugares y recompensas diferentes. En el XIX, el auge de la industrialización capitalista y la evidente conversión del trabajo en mercancía, transparentan la contradicción trabajo-capital y su relación con las posibilidades de igualdad, en contraste con las libertades individuales formales, impulsadas por las revoluciones burguesas. El tema de la desigualdad quedó inscrito como pieza clave de la configuración del objeto del pensamiento político y social.

Surgen las llamadas matrices teóricas clásicas de la explicación de la desigualdad: la perspectiva marxista, la weberiana y la teoría de las élites, a las que se agrega después el estructural-funcionalismo, con su teoría de la estratificación social, todas con pretensiones de explicaciones universalistas de describir los mecanismos de configuración y reproducción de las desigualdades en todas las sociedades y a lo largo de la historia humana, sus funciones, sus componentes claves, perspectivas futuras y opciones de manejo, incluyendo también una reflexión, más o menos explícita, sobre los nexos de la desigualdad con la justicia social

Propongo bosquejar un panorama recortado³ de estas matrices teóricas fundacionales y de elaboraciones contemporáneas, acercándonos a la lógica construida por el pensamiento social para explicar (e intervenir sobre) la desigualdad y, con ese antecedente, enfocarnos al final en lo que se hace en Cuba en este campo de estudios.

Para el enfoque marxista, las desigualdades sociales y el papel que desempeñan los diferentes grupos tienen su base en la esfera de la producción material, en la matriz económica que liga las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sobre la que descansa el resto de las estructuras sociales.⁴ La ubicación en la división social del trabajo y su relación con la propiedad sobre los medios de producción de cada grupo definen su papel en la dirección de la producción y el tipo, la

magnitud y calidad de la riqueza producida a la que tienen acceso por su participación en ese proceso.

El concepto de clases se aplica a relaciones jerárquicas de base económica, que son un efecto del acceso diferente a la propiedad sobre los medios de producción, de manera que la articulación productiva (y, de ahí, la social) opera bajo la lógica de poseedores y desposeídos, explotados (expropiados de una parte de la riqueza que producen con su trabajo) y explotadores (grupos en capacidad de expropiar en su calidad de propietarios). Ellas expresan el grado más profundo de diferenciación y forman pares polares, históricamente contradictorios, que constituyen el núcleo duro de los sistemas económicos.

La insistencia en la dimensión material de la clase se complementa con la dialéctica de la relación entre su doble condición de efecto de la matriz económica (clase en sí, existe como realidad histórica) y de agente de cambio (clase para sí, supone la adquisición de una conciencia de su identidad, sus intereses colectivos diferentes y de su capacidad para actuar).

De la centralidad de las clases y sus contradicciones para explicar la organización y reproducción del sistema social, y de su capacidad potencial para intervenir en el cambio se desprende que la lucha de clases es la principal fuerza motriz de la historia humana. Se reconoce el carácter cambiante e histórico-concreto de las estructuras de desigualdad y la posibilidad de una organización socioeconómica de base no clasista, igualitaria —el socialismo, como perspectiva inexorable—, imbricada en la ley del progreso histórico.

Para los que comparten esta propuesta, su solidez estriba en colocar la desigualdad y sus fuentes en el mismo corazón de la reproducción social, en la posibilidad de distinguir entre prioritarias y secundarias y de trazar estrategias de cambio ajustadas a lo esencial. El aspecto relacional dialéctico, la interdependencia mutua de las posiciones en la estructura social y los nexos de explotación se consideran aportes no superados de la visión marxista.

Desde otras posiciones teórico-ideológicas, y aun desde propuestas contemporáneas marxistas con intenciones renovadoras, las críticas más extendidas aluden al reduccionismo economicista, la subalternidad de las dimensiones subjetivas y de otros ejes de desigualdad que, aunque se articulen a los fenómenos de clase, no son explicados por ellos, el teleologismo obrerista y la idea de que la solución de la contradicción trabajo-capital resuelve todas las contradicciones opresivas.

La perspectiva multidimensional weberiana asocia la desigualdad social a fenómenos de distribución de poder que se expresan en la trílogía clase-estamento-partido.⁵ El poder es la probabilidad (individual o

grupal) de imponer intereses en una acción comunitaria, incluso con la oposición de los demás, y sus fuentes están distribuidas en tres órdenes esenciales: el económico, el social y el político-jurídico.

Clase, en el orden económico, es todo grupo humano que se encuentra en situación igual en cuanto al conjunto de probabilidades típicas de provisión de bienes y destino personal, que derivan en la magnitud y la naturaleza del poder de disposición (o carencia) sobre bienes y servicios. La posibilidad de competir en el mercado es la dimensión causal específica de la estratificación económica.

El estamento, orden social, depende del reconocimiento sustentado en el modo de vida, las maneras formales de educación, el prestigio hereditario o adquirido, las convenciones estamentales tradicionales, las posesiones y riquezas y las relaciones sociales. Está condicionado por la situación de clase, pero no se identifica con ella, pues se adquiere mediante la aprehensión de una mentalidad y un modo de comportamiento, e implica un acto valorativo en el terreno de las relaciones intersubjetivas.

Los partidos son fenómenos organizativos del orden de distribución del poder político; su papel es ejercer influencia sobre la acción comunitaria. Las esferas del poder no son equivalentes, ni sus vínculos tienen carácter determinista, sino de interinfluencias y, en determinadas circunstancias y espacios, una de las esferas puede ser más influyente que otra.

Weber considera que la tensión social entre los diferentes está en la base del cambio social e histórico, acepta la desigualdad como elemento intrínseco a todo sistema social, por lo que siempre perdurará un grado específico y un tipo particular de desigualdad. La perspectiva del progreso histórico, de alguna manera también con carácter de ley ineludible, supone la disminución progresiva de la desigualdad irracional y la expansión de una racionalidad que regule con justicia la distribución del poder.

El atractivo de esta propuesta tiene que ver con la centralidad que otorga a la distribución multidimensional del poder y a su rescate de la intersubjetividad. Las críticas más frecuentes son su relativismo, la no consideración de las imbricaciones del poder con fenómenos de género, raza, etc., y su perpetuación de la desigualdad.

La teoría de la circulación de las élites,⁶ propuesta por Vilfredo Pareto, conserva poca influencia actual, dadas sus obvias limitaciones evolucionistas, mecanicistas y biologicistas, que los avances posteriores en las ciencias naturales y humanas descalificaron como argumentos explicativos últimos del comportamiento social. Pero sí ha perdurado la sustitución que efectuó del vínculo causal del sistema social por el funcional,

así como —en algunas escuelas contemporáneas— su énfasis en los sentimientos como resortes del sistema. Por otro lado, considera que la heterogeneidad social está predeterminada por la desigualdad psicológica originaria de los individuos, y que esto constituye un elemento sustancial de la organización social. Las peculiaridades de los grupos dependen de aptitudes innatas de sus miembros y ello determina su situación en el orden jerárquico social. En toda rama de actividad solo cuenta una minoría de personas. El autor identifica clases sociales con la división entre élite y masa. La élite, formada por quienes tienen el índice de desempeño más elevado en su rama de actividad, es la parte selecta de la población y se divide en clase gobernante (aquellos que participan directa o indirectamente en la administración de la sociedad) y no gobernante (artística, científica). La élite y los individuos que la integran se caracterizan por el dominio de sí mismos, el valor del saber y el pragmatismo. En la masa prevalecen el sentimiento, las emociones y el prejuicio.

Las personas más dotadas de las capas bajas ascienden incorporándose a las élites y las de las clases superiores degradadas descienden hacia la masa. Si esta circulación, que restaura la élite, se produce con lentitud, en las capas superiores se acumulan elementos decadentes y se pierde la capacidad de gobernar, y en las capas bajas tiende a crecer el número de individuos con cualidades superiores que se acumulan sin ascender, con lo cual se abre una etapa de revolución, cuyo sentido es renovar la élite gobernante y restablecer el equilibrio social.

La heterogeneidad social, explicada por la desigualdad psicológica individual originaria, constituye una ley invariable de la existencia de la sociedad humana, por lo que no puede haber sociedad de igualdad. Las sociedades modernas, como tendencia, se orientarán hacia una renovación pacífica y racional de las élites.

El enfoque funcionalista de la desigualdad surge en una segunda etapa (años 40 y hasta el inicio de los 60), caracterizada por la expansión de la temática de la estructura social y las desigualdades en prácticamente todas las disciplinas sociales.⁷ La teoría funcionalista de la estratificación social se desarrolla explícitamente como alternativa de explicación no marxista, y declara que se funda en la noción desagregadora de Weber, aunque, como veremos, termina absolutizando la dimensión sociosubjetiva y minimizando los fenómenos de poder de orden económico y político-jurídico, incluidos en la tríada weberiana.

Talcott Parson y sus seguidores⁸ argumentan que los factores económicos no constituyen una explicación suficiente de la desigualdad, puesto que en las sociedades industriales avanzadas las grandes fronteras de división antagonica entre clases se han diluido, dando lugar a un

conjunto de posiciones sociales escalonadas, fundadas en la consideración social.

La estratificación social se define como el ordenamiento diferencial de los individuos que componen un sistema social dado y el orden recíproco de superioridad e inferioridad que guardan aspectos socialmente relevantes. Los estratos se configuran a partir del prestigio social, asociado a desempeños ocupacionales y a los niveles de ingresos, pero están situados en el campo de la subjetividad recíproca. La estratificación es una necesidad funcional universal, un mecanismo de ajuste funcional inconscientemente desarrollado, imprescindible para la supervivencia de toda sociedad. Ella resuelve la cuestión funcional de mayor relevancia en la organización y dinámica de los sistemas sociales: atribuir las recompensas en virtud de una escala de jerarquías de acuerdo con la relevancia de las posiciones para la supervivencia del sistema, y asegurar que las diferentes posiciones estén ocupadas al máximo nivel de competencia posible.

Aunque desarrollos posteriores introducen la idea de conflicto y disfunción, entendiendo que la estratificación no tiene un carácter uniformemente funcional,⁹ esta es vista, en esencia, como articulación complementaria y armónica de los estratos diferentes. Las disfunciones (atribución indebida de recompensas que no respeta la jerarquía de la estratificación, roles inadecuadamente desempeñados, entre otras posibles) constituyen anomalías, desviaciones externas, superables dentro del sistema.

Sus carencias más notables radican en su condición de justificación de los privilegios perpetuos del poder y de la necesidad absoluta de estratificación, la debilidad de los argumentos para la identificación de la jerarquía de las posiciones sociales en relación con la supervivencia de la sociedad, su subjetivismo y su inclinación hacia lo gradacional en detrimento de lo relacional.

Las matrices teóricas clásicas colocan la explicación de la desigualdad, desde un inicio, en el contexto de las dicotomías que han marcado el pensamiento social: aquellas que separan y oponen lo objetivo a lo subjetivo, la estructura a la acción, lo interno a lo externo, los macroprocesos a los de microescala, lo individual a lo social.

Cada matriz —excepto Weber, quien trata de desprenderse de esa malla paradigmática con una propuesta plural, no resuelta en sus articulaciones— basa la dureza de su argumentación causal en la elección excluyente de un polo del par como principio explicativo último. La mayor parte de ellas hace una elección «macroestructurista», pero difiere especialmente en la opción entre las antinomias objetivo-subjetivo, sociedad-individuo, externalidad-internalidad.

Como vemos con el ejemplo del funcionalismo, también la etapa de auge del estudio de las desigualdades se caracteriza por lo que Lamo de Espinosa ha descrito como la tensión constitutiva de la sociología: la oposición entre marxismo y anti-marxismo.¹⁰ Prácticamente, todo debate gira en torno a las nociones de clase o función y estrato, y su pertinencia para explicar la desigualdad.

La propuesta de Ralph Dahrendorf refleja las preocupaciones típicas de los debates socioestructurales de esa época y el diálogo crítico con el marxismo y el funcionalismo.¹¹ Desmarcándose del funcionalismo, propone un modelo: asume que toda sociedad está constantemente sometida al cambio y al conflicto, que todo elemento de una sociedad contribuye a su cambio y que toda sociedad descansa en la coacción que algunos de sus individuos pueden ejercer sobre otros. Identifica dos tipos de fuerzas que modifican las estructuras sociales: exógenas (originadas fuera de una estructura previamente determinada) y endógenas (se generan dentro de la propia estructura). De aquí extrae una crítica a Marx: cambio endógeno significa solo una modalidad del cambio social estructural; conflicto constituye solo una de las causas determinantes del cambio endógeno y conflicto de clases es solo una forma de conflicto social, «una teoría de las clases solo ilumina un reducido sector [...] de la transformación estructural».¹²

Otro punto en su crítica al marxismo se refiere a la relación entre clase y propiedad: la atribución de esta última como la causa determinante de la existencia de las clases sociales es solo aplicable a un período de la historia social europea, porque al separarse propiedad legal y control real, ello pierde su valor analítico. Propone sustituir el criterio de posesión o carencia de propiedad privada por el de participación o exclusión de procesos de dominación, para la determinación de clases sociales, y que el control sobre los medios de producción sea solo un caso particular de dominación.¹³

Ese debate —que engloba la crítica a la visión funcional que deja fuera el conflicto y el cambio como procesos normales, inherentes a la reproducción de los sistemas sociales, y a la reducción de la clase a la propiedad directa y a los procesos productivos, obviando otros resortes del cambio y de la dominación estructurada—, marcó los años 50 y su influencia perdura hasta hoy, en el sentido de búsqueda de construcciones multidimensionales que articulen ejes disímiles de diferenciación, explotación y dominación.

Entre los años 60 y 80 se produce un declive del tema de la desigualdad como objeto de las disciplinas sociales, debido a que el auge, en los países centrales del capitalismo, del Estado de Bienestar y de la visión keynesiana de la sociedad expande la percepción de

que se está produciendo una amortiguación de las desigualdades y de las formas más injustas de distribución de la riqueza. Ello se ve reforzado por percepciones similares que se abren paso en los países socialistas como efecto del despliegue de una política social de reforzamiento de la igualdad.

Por otro lado, dentro del pensamiento social se estaba produciendo un «giro constructivista»: ¹⁴ una crítica a los determinismos estructurales materiales que despojan al sujeto de sus posibilidades transformativas, de su condición de actor, y el reconocimiento de la cotidianidad y de los microprocesos como fundantes de realidad significativa para la reproducción de los sistemas sociales.

En lo concerniente a las desigualdades, se acusa a las teorías clásicas de unilateralidad, reduccionismo y occidentalismo, y de haber agotado sus posibilidades de explicación de las fuentes de la diferenciación y de surgimiento de agentes de cambio, dado lo extremadamente heterogéneas que han devenido las sociedades actuales, centrales y periféricas.

Se entiende que el marxismo disolvió al individuo en la sociedad y subvaloró el papel de la subjetividad y que para comprender los antagonismos sociales y su influencia en el cambio es necesario analizar la pluralidad de posiciones diversas, su articulación de poder, dominación y explotación y abandonar la idea de un agente universal, unificado y homogéneo, portador del progreso general.

El funcionalismo absolutiza el papel de la función en tanto causación y articulación universal, sobredimensiona la intersubjetividad, ignora la jerarquía de los conflictos y los agentes y legitima la necesidad de estratificación, cerrando las puertas a cualquier empeño de superación del capitalismo.

Entre las búsquedas de nuevas perspectivas superadoras de los reduccionismos, en estos años tiene lugar un corrimiento hacia la integración y la síntesis paradigmática, ¹⁵ con un trasfondo de retorno a Weber y de lectura weberiana de Marx, entendiéndolos más como complementarios que como opuestos: la disyunción antinómica se sustituye por el énfasis en las interdependencias; los condicionamientos externos al sujeto son aceptados en su existencia objetiva, pero producidos y alterados por el actor. Me atrevo a destacar seis integradores y sintetizadores —no sin dudas por mi elección—, que resumen la variedad de los debates del momento:

Randal Collins, ¹⁶ un caso de integración de vínculos micro-macro, clasifica su propuesta como microsociología radical de la estratificación, cuya idea central es la de las cadenas rituales de interacción, definidas como haz de cadenas individuales de experiencia de interacción que se cruzan en el espacio a

medida que fluyen en el tiempo. Cualquier explicación causal debe recurrir a las acciones de individuos reales; por ello todo macrofenómeno puede y debe expresarse en combinaciones de eventos micro. Todo lo macro existe en lo micro y, a la inversa y en relación, todo lo micro existe en un contexto macro.

Las estructuras sociales pueden traducirse empíricamente a pautas de interacción micro repetitivas. No son fuerzas externas y coercitivas para el actor; los actores las construyen y son inseparables de ellas. La estratificación social tiene su base en la vida cotidiana y puede reducirse a los encuentros pautados entre las personas en su cotidianidad.

Collins toma de Marx la idea de que las relaciones entre la persona y la propiedad privada constituyen la base de su ubicación social diferencial, de la formación de clases, y estas tienen marcadas diferencias en cuanto a su acceso al sistema cultural y a su control sobre él. De Weber recupera la idea de un sistema de estratificación multifacética, añadiendo a la formación económica de clases, estatus y poder en su conexión: las personas buscan maximizar su estatus subjetivo y su capacidad para hacerlo depende de sus recursos, ellas persiguen su interés y surgen los conflictos entre intereses opuestos.

Con su constructivismo estructuralista o relacionismo metodológico, Pierre Bourdieu trabaja la integración acción-estructura. ¹⁷ Con el declarado propósito de superar la oposición entre objetivismo (en el que incluye tanto al marxismo como al funcionalismo, los cuales ignoran al sujeto agente), y subjetivismo, es decir: fenomenología, etnometodología, e interaccionismo simbólico, que desconocen las estructuras en que existen los agentes, desarrolla una interpretación de la dialéctica entre la estructura y el modo en que las personas construyen la realidad social. Los conceptos de campo y *habitus* explican esta relación.

El campo es la red de relaciones entre posiciones objetivas que existen. Las posiciones y relaciones operan separadas de la conciencia y la voluntad colectiva. No son lazos intersubjetivos entre las personas. Los ocupantes de las posiciones son agentes constreñidos por la estructura del campo. El mundo social está compuesto por multiplicidad de campos (económico, artístico, religioso). Cada uno es un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital: económico, cultural, social, simbólico. Las posiciones y diferencias entre agentes diversos dentro del campo dependen de la cantidad y el peso relativo del capital que poseen. En su entrelazamiento, las cuatro formas de capital proporcionan poder a los agentes en su lucha por ocupar las diferentes posiciones en el espacio social.

El análisis de la desigualdad en el pensamiento social cubano deberá afinar aún más sus instrumentos y superar debilidades, entre las que aprecio el excesivo empirismo, la ausencia del tema del acceso al poder como factor de desigualdad, y una visión todavía parcial que no ha logrado producir un panorama suficientemente integrado de las desigualdades.

El *habitus* se refiere a estructuras mentales o cognitivas mediante las cuales las personas manejan el mundo social. Son el producto de la internalización de las estructuras del mundo social, estructuras internalizadas y encarnadas. Reflejan las divisiones objetivas en la estructura de clases, grupos por edad, género, raza, etc. También produce el mundo social y es producido por él, en la dialéctica del proceso de internalización de la externalidad y externalización de la internalidad. La práctica media entre el *habitus* y el mundo social.

Por su parte, Ronald Burt eligió la noción de red para su propuesta sintética micro-macro y estructuración.¹⁸ Centra su atención en la estructura social como una red de vínculos que liga a los miembros individuales y colectivos de una sociedad, y es la base de las desigualdades entre ellos. Estas redes pueden ser de naturaleza micro (entre individuos) y macro (entre agrupaciones).

Propone una interpretación estructural de evaluación de la acción social que toma el criterio del conjunto de estatus-roles del actor, generado por la división social del trabajo, como el fundamento de la acción de los diferentes agentes: cada actor evalúa la utilidad de las acciones alternativas a tenor de sus condiciones personales y de las condiciones de los otros. Los actores se encuentran a sí mismos en una estructura social que define sus semejanzas y moldea sus percepciones sobre las ventajas de las posibles acciones a elegir. La estructura constriñe diferencialmente la capacidad de elección de los actores. Las acciones elegidas bajo el influjo de la estructura pueden modificar la propia estructura y crear nuevas constricciones para los actores.

Una zona de desarrollos integradores en el análisis «posclásico» de la desigualdad es la de los post y neo marxismos y del marxismo analítico o empírico. Las propuestas son múltiples; algunas no se parecen mucho al marxismo que pretenden recuperar; pero las que forman el núcleo fundamental de este esfuerzo comparten, con más o menos fuerza, el análisis contemporáneo de los problemas centrales del marxismo (explotación, alienación, las clases como agentes, visión relacional de las desigualdades, la posibilidad de una sociedad alternativa al capitalismo);

la consideración de que la teoría marxista tiene capacidad para incorporar lo individual, la subjetividad y la vida cotidiana como aspectos significativos (no subalternos, ni derivados mecánicos de las estructuras objetivas) que intervienen en la construcción de la realidad social; y la relevancia de los microfundamentos del orden y la acción.

Dentro del marxismo de microfundamentos, Jon Elster propone un viaje a lo micro y a la incorporación de la individualidad a través de una integración a primera vista asombrosa: la complementación de la teoría marxista con la de elección racional y la teoría de los juegos.¹⁹ Para Elster, los tres principios metodológicos básicos del marxismo —el holismo metodológico (existencia de colectividades irreductibles a sus miembros individuales); la explicación funcional (fenómenos explicados en virtud de sus consecuencias para alguien o algo); la deducción dialéctica (explicación de la realidad y del cambio a partir de oposiciones interrelacionadas)— son perfectamente compatibles con el individualismo metodológico de la escuela de elección racional, a partir de los dos filtros con los que ella opera: los límites circunstanciales de la acción (restricciones típicas de la condición humana) y la posibilidad de opciones individuales en una situación dada. Ambos filtros dan la interacción entre factores de constricción y de libertad de la acción y la elección individual. Reconoce la dependencia estructural, pero considera que no determina totalmente las elecciones de los actores. Estos son racionales y buscan maximizar sus ganancias, los beneficios de su elección.

El estudio de las interacciones intencionales en un contexto de dependencia estructural plantea, para él, la necesidad de aplicar la teoría de juegos. La interdependencia de las acciones individuales se expresa en tres principios: 1) La elección individual es interdependiente en relación con la elección de los demás; 2) Las recompensas o ganancias de cada actor o individuo son interdependientes de la elección de los demás; 3) Las recompensas o ganancias de cada actor o individuo son interdependientes de las ganancias de los demás. «A través de la triple interdependencia que la teoría de los juegos analiza —entre ganancias, entre

elecciones, y entre ganancias y elecciones— el individuo surge como un microcosmos que representa en miniatura toda la red de relaciones sociales».²⁰

También ubicada en el neomarxismo de microfundamentos, en una sociología de la vida cotidiana, la obra de la húngara Agnes Heller se orienta hacia una explicación multidimensional de la alienación, desde una perspectiva marxista del individuo y la subjetividad.²¹ Parte de cuatro categorías analíticas: Particularidad: el ser humano concreto, en un momento histórico dado y en una posición determinada en la división social del trabajo, que constituye la base de la reproducción social, en cuyo ámbito se estructura lo cotidiano. Individualidad: elevación del particular por medio de la conciencia de género, el particular no alienado. Socialidad: adecuación del conjunto de seres humanos particulares a la condición de vida en colectividad, adecuación al género. Género: conciencia de cada hombre (y de todos) sobre su participación en el género humano, comprensión de la humanidad como un todo en relación con sus posibles destinos.

La reproducción social depende de la de los hombres particulares y en el ámbito de esa reproducción se constituye lo cotidiano. Lo cotidiano concreto es común a todos y a la vez diferente para cada ser humano, y lo conserva como ente natural, sometido a leyes de la naturaleza.

La desigualdad de clases es una condición fundamental del cotidiano capitalista. Los particulares están distribuidos de forma jerarquizada y los individuos están limitados por condiciones objetivas al elegir su relación y acciones frente al género. El grado de alienación de una sociedad depende de la posibilidad del hombre medio de realizar, en la vida cotidiana, una relación consciente con el género, y del grado de desarrollo de esa relación.

Por su parte, dentro del marxismo de orientación empírica, Eric Olin Wright traslada categorías como clase y explotación a la investigación concreta de sociedades contemporáneas, e integra dimensiones múltiples de la desigualdad.²² Entre sus aportes más conocidos se encuentran sus propuestas de situaciones contradictorias y de explotaciones múltiples. Las situaciones contradictorias en las relaciones de clase aluden a posiciones sociales que pueden encontrarse simultáneamente en más de una clase (definidas estas como toda situación de explotación), por ejemplo, los ejecutivos. Las explotaciones múltiples describen el proceso mediante el cual se generan variados y simultáneos mecanismos de explotación, no solo lo atinente a la relación capital-trabajo ligado a la propiedad, toda vez que individuos y grupos sociales pueden apropiarse de parte del plusvalor social por otras vías.

Pensamiento latinoamericano sobre desigualdades

Hasta aquí he cometido el mismo pecado de casi todos los textos de historia del pensamiento social: la omisión de las ciencias sociales de las regiones periféricas, como si estas funcionaran solo como replicadoras de los programas interpretativos de los países centrales. Aunque ha habido mucho de réplica, también encontramos una producción propia, más o menos autónoma, más o menos descolonizadora.²³ El análisis de las estructuras de estratificación en el pensamiento social latinoamericano ha tenido a las clases sociales como uno de sus temas recurrentes, a través de dos aristas: la caracterización de estas como entidades económicas o como fuerzas políticas, en estrecho nexo con otros problemas del desarrollo económico de la región, en su ligazón con la evolución del capitalismo mundial, la liberación nacional y los movimientos revolucionarios.²⁴

Como telón de fondo, se ubica la tesis general de que las formas específicas de articulación de las economías dependientes o periféricas, con el mercado mundial, y el carácter, de alguna manera impuesto desde afuera, del capitalismo en la región, sobre una estructura productiva atrasada, generaron un tipo también específico de capitalismo: aquí el funcionamiento de la economía, la configuración de las estructuras sociales y las articulaciones de clase incorporan rasgos muy diferentes a los de los países industrializados. Lo más relevante de esta tesis es su insistencia en la articulación mundial de las economías, las sociedades, las clases, con lo que coloca el análisis de la desigualdad en su encadenamiento en el sistema mundo, y no como un problema contenido en los límites del Estado-nación, anticipando un esquema de multiespacialidad y multiterritorialidad de las desigualdades.

Entre los elementos que se consideran aportes del pensamiento social latinoamericano, se ubican tres ideas ligadas a las claves de aprehensión de la desigualdad en la periferia:²⁵

- El modelo centro-periferia, que explica cómo los centros conservan íntegramente el producto del progreso técnico de su industria, mientras que los países periféricos les han traspasado una parte de su propio progreso.²⁶
- El subimperialismo, que considera que el modelo simple de relación centro-periferia, caracterizado por el intercambio de manufacturas por materias primas, ha sido superado y sustituido por una jerarquía piramidal de los países, proceso en el que han surgido centros medianos de acumulación, potencias capitalistas medianas, y suponen la emergencia de un subimperialismo.²⁷

- La teoría de la dependencia, que enfatiza la dimensión externa de los procesos económicos y sociales y del desarrollo haciendo notar cómo la dependencia de los países periféricos es un proceso multiforme, que no incluye solo el problema del intercambio desigual, sino también una articulación productiva, clasista y política que explica la imposibilidad del desarrollo.²⁸

Un elemento de especial relevancia en el análisis socioestructural en nuestra región ha sido el de la consideración de los pueblos originarios en sus nexos con las estructuras clasistas dominantes, a fin de desentrañar las relaciones de explotación de que han sido objeto.²⁹

Hacia finales de los años 70 y cubriendo los 80 se potencia el tema de la crisis, y la reflexión sobre la desigualdad discurre, fundamentalmente, por tres canales: los estudios de estratificación, orientados hacia los problemas de empleo, ocupación y pobreza, promovidos especialmente por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL);³⁰ la evaluación de movimientos populares desde la óptica de la lucha de clases;³¹ y la reflexión sobre nuevos y viejos movimientos sociales.³²

La corriente de reflexión sobre los movimientos sociales cobró especial fuerza en esa etapa, y aunque en su interior coexisten variadas posiciones —desde las que absolutizan la dimensión subjetiva hasta las que hipertrofian la influencia de estructuras objetivas en la emergencia de sujetos históricos—, esta cuerda integrativa impulsa la comprensión de la multidimensionalidad de los sujetos históricos y de la desigualdad social, la valoración del papel de la subjetividad, de las dominaciones múltiples y de los nexos entre procesos globales con las trayectorias singulares de pueblos, grupos e individuos.

Después de este breve panorama de la producción típica del giro constructivista y de integración y síntesis paradigmática, encontraremos que, hacia los años 90, se abre un nuevo momento de recuperación de la reflexión sobre la desigualdad, de la mano de la marcada acentuación de esta y de la pobreza que ha acompañado a la globalización neoliberal y las reformas inspiradas en el Consenso de Washington, especialmente aplicadas en América Latina y otras sociedades periféricas.

La persistencia del problema y su potencialidad como fuente de conflictos sociales lo ha colocado como foco de atención de organismos financieros internacionales (el Banco Mundial, el FMI, el BID, por ejemplo), e incluso de aquellos que diseñaron e impulsaron las reformas neoliberales, en un esfuerzo por encontrar instrumentos paliativos, al menos para las situaciones más críticas de la inequidad social.

En términos epistemológicos y teóricos se mantienen las tendencias de integración y síntesis y de acercamientos multidimensionales, aunque en la mayor parte de lo producido prevalecen las intenciones de medición empírica y de propuestas concretas a las políticas sociales; el interés teórico es mucho menor. En este afán, la temática de la desigualdad y de su correlato inseparable, la igualdad posible, la utopía de equidad queda subsumida o disuelta en la de la pobreza y la vulnerabilidad y, cuando más, en la reflexión sobre la exclusión.

En América Latina encontramos también esta tendencia hacia la disolución del tema de la desigualdad en el de la pobreza, vinculada al análisis de los efectos sociales de las reformas neoliberales. Aunque, en justicia, debe aclararse que en la vigorosa producción sobre el empobrecimiento y las políticas para su atención conviven dos grandes vertientes: la de bajo perfil explicativo y propositivo, que se apega a una explicación economicista de la pobreza, reformas distributivas del ingreso, y la integración, y las que recuperan categorías duras como relaciones de explotación y de producción y una matriz de articulaciones de desigualdad más generales.³³

En esta última dirección encontramos la visión de las «articulaciones expropiadoras» que, desde el marxismo latinoamericano contemporáneo, sostiene Pablo González Casanova:

El problema no solo consiste en reconocer la existencia de estratos, distribuciones estadísticas o desigualdades. El problema consiste en precisar las relaciones sociales de los sistemas y subsistemas, en especial las que aclaran los modos de dominación y acumulación. Se trata de relaciones que están articuladas a otras de explotación, transferencias de excedente o de propiedades, en beneficio de unos y detrimento de otros. El problema más difícil de tener presente corresponde a las relaciones opresivas e inequitativas que los beneficiarios niegan y se ocultan.³⁴

Para cerrar este epígrafe, resumo aquellos puntos que, me parece, marcan el rumbo perspectivo de una comprensión compleja de la desigualdad:

- La *perspectiva del sistema mundo* rescata los elementos de explicación de la desigualdad surgidos en la lógica global del sistema capitalista y plantea recuperar las nociones de centro y periferia para aludir «a un sistema integrado y jerarquizado, con núcleos geográficos que se apropian de excedentes de regiones y naciones que se ubican en posiciones subordinadas».³⁵
- La *perspectiva holística*,³⁶ para la cual las estrategias de explicación y manejo de la desigualdad y la pobreza deben abandonar el supuesto de que constituyen una parte del sistema socio-tecnológico-ambiental con una causalidad interna propia y reducida, y sustituirla por

la de que es la sinergia del sistema como un todo, con sus interacciones y causalidades, la que determina la dinámica de las partes constituyentes. Solo será eficiente una estrategia interpretativa y de acción sobre las desigualdades que las enfoque desde la estructura y la dinámica del sistema social en su totalidad.

- La identificación dinámica de la *conexión externalidad-internidad, objetivo-subjetivo*, en la configuración de las desigualdades, que entiende:

a) *Las estructuras sociales como procesos morfogénicos:*³⁷ dinámicas sociales que generan, eventualmente, estabilidad, lo cual permite distinguir objetos —posiciones, en este caso— particularizados, persistentes. Desecha la visión de estructura como armazón fija, unilateralmente objetiva y material, que ejerce sobre las acciones de los sujetos sociales una determinación causal lineal, y la toma como externalidad, dinámica de constreñimientos a la vez habilitante y retrictiva, que moldea e induce trayectorias sociales colectivas y destinos individuales para las diferentes posiciones socioestructurales, y que puede ser alterada por los actores.

b) *La estructura socioclasista* como entramado de posiciones, de grupos sociales y de las relaciones que se establecen entre ellos, que se configuran a partir, en primer lugar (pero no exclusivamente), de la división social del trabajo y de las relaciones de propiedad, de la esfera de producción material; expresa el grado de estratificación primaria, y se conecta con otros ejes de articulación de diferencias de naturaleza histórico cultural (de género, generaciones, raza, etnia, entre otros).

c) Que la dimensión material de las relaciones de desigualdad y dominación se articula y refuerza, en conexión recursiva, con procesos de producción simbólica, mecanismos culturales de naturalización y reforzamiento de la desigualdad, de construcción social de estigmas de inferiorización, creando un doble canal de desigualdad y exclusión —económico y cultural, material y simbólico— para los grupos en desventaja.

- La *perspectiva espacial-territorial* de las desigualdades, en la que estas aparecen vinculadas a espacios concretos (la familia, el trabajo, la religión, la educación, etc.) que tienen también un territorio y que existen formas y posibilidades diferenciadas, desigualitarias, de apropiación del espacio y el territorio a las que se vinculan procesos de exclusión e integración social
- La *perspectiva de redes sociales*, individuales (micro) y colectivas (macro) como formato dinámico interrelacional que asumen las estructuras de nexos entre actores.

El estudio de la desigualdad en la Cuba de la crisis y la reforma

Si rastreamos la literatura social cubana desde los momentos de la constitución de una forma de pensamiento social moderno, entendiéndolo por ello, simplícidamente, la presencia de disciplinas sociales más o menos autónomamente estructuradas y, en estas, la diferenciación teoría-empiría-proposición-aplicación, propia especialmente de la sociología y la politología —escenario que se configura en el país en las primeras décadas del siglo xx—, podemos comprobar que los estudios socioestructurales y centrados directamente en las desigualdades han sido siempre relativamente escasos. Han tenido una mayor presencia en las investigaciones históricas (una disciplina no exactamente aplicada) y, tangencialmente, en las valoraciones antropológicas de la racialidad, aunque, como tendencia, han ido ampliando progresivamente su peso y relevancia en el conjunto de la reflexión social, hasta constituir hoy día una de las áreas más tratadas y debatidas en nuestro contexto.

En la etapa prerrevolucionaria lo producido estuvo principalmente vinculado con valoraciones de corte político-partidista de izquierda, reflexiones en el ámbito de las desventajas sociales y de las posibles fuerzas sociales del cambio.³⁸ Como excepción, encontramos un análisis desde la óptica de la teoría de la estratificación social: *Rural Cuba*,³⁹ con un amplio empleo de los censos y encuestas, lo cual le permite extenderse en caracterizaciones del nivel de vida, la escolarización, la movilidad social, la articulación color de la piel-ingresos-grupos ocupacionales, entre otras dimensiones.

Después de 1959 comienza una expansión progresiva de los estudios en el área de las clases y las desigualdades, asociada a la relevancia que adquieren los diagnósticos socioestructurales para la comprensión de las transformaciones revolucionarias. Una visión de conjunto muestra la variedad de los temas abordados, que recorren aspectos teóricos de la estructura social en el socialismo y de las contradicciones de clase en el período de tránsito, análisis teórico-empíricos de las transformaciones de clases particulares (la clase obrera y el campesinado, preferentemente) y aristas aplicadas, como la caracterización socioestructural de la fuerza de trabajo orientada a la planificación.⁴⁰

En los años 80 se acelera el proceso expansivo, con una orientación hacia investigaciones sociológicas concretas, de corte cuantitativo, interesadas en identificar el peso y las tendencias de reproducción de diferentes componentes socioestructurales y develar su significado en el proceso de superación de las desigualdades sociales.⁴¹

Dada la fuerte influencia del pensamiento soviético sobre las ciencias sociales cubanas, el eje metodológico

de estos estudios fue el modelo teórico (supuestamente válido para cualquier socialismo), de las regularidades del proceso de homogeneidad social entendida como cualidad esencial de la nueva estructura, donde las diferencias eran rémoras que superar. Pero, como resultado de su constante interacción con la realidad en el ejercicio de estudios aplicados, esta línea de análisis logró transitar hacia una perspectiva crítica, consolidada hacia finales de los 80, de cuestionamiento al modelo plano, no conflictual del homogenismo, iniciando así la búsqueda de un enfoque que permitiera interpretar con mayor profundidad la tensión entre las tendencias de igualación y diferenciación, simultáneas y contradictorias, propias del socialismo, y el rol de la diversidad socioestructural en el desarrollo.⁴²

Como debilidad, esta área preferenciaba la investigación cuantitativa y macroestructural y, como cara correlacionada, subvaloraba de hecho la elaboración teórica y los aspectos subjetivos y cualitativos y de escala local y cotidiana.

Los años 90 marcan un partaguas obligado para comprender la desigualdad en Cuba, pues crisis y reforma configuran un escenario de fuerte reestratificación social. En este entorno, se produce un reacomodo de los objetos de las disciplinas sociales, proceso atravesado por el acercamiento multidimensional a la diferenciación social y por la prevalencia del enfoque problematizador sobre el disciplinar. Ello se aprecia en la diversidad temática actual, dentro de la cual distingo, convencionalmente, cinco campos entrecruzados:

Estudios de pobreza y marginalidad

Encontramos aquí estudios cuantitativos estadísticos, sociológico-económicos, basados en muestras representativas de hogares, a los que se aplican encuestas para determinar la satisfacción de necesidades básicas.⁴³ Se realizan también estudios cualitativos y de la perspectiva del sujeto, de impronta sociopsicoantropológica, enfocados hacia la caracterización interna de la pobreza, las estrategias de sobrevivencia que se despliegan en estas circunstancias y las potencialidades y limitaciones que tienen las familias pobres para revertir su situación. Utilizan la metodología de los estudios de caso y subrayan la dialéctica de la relación sociedad-grupo-individuo y la expresión de las interrelaciones micro-macro en la vida cotidiana, como ámbito de expresión de la subjetividad.⁴⁴

En este campo se incluye una investigación comparada de la pobreza entre las situaciones respectivas de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, a partir de dos ejes definitorios: carencia de medios para dar respuesta a necesidades básicas, y desigualdad distributiva de los sistemas económicos.⁴⁵

El estudio de la marginalidad ha encontrado una articulación perversa entre esta, pobreza, y exclusión, que aparece en asentamientos improvisados, marginales, asociados a las carencias de vivienda y a la migración desde territorios de menor grado de desarrollo hacia centros urbanos con mayores oportunidades económicas, y donde las poblaciones viven en condiciones muy precarias.⁴⁶

Mediciones del Índice de desarrollo humano

Representan un avance en los estudios de desigualdad, puesto que articulan datos económicos y socioculturales que habitualmente reciben tratamiento separado, para ofrecer una visión de conjunto en torno al desarrollo.⁴⁷ Al aplicar una metodología internacional, permiten llegar a valoraciones comparadas entre la situación de Cuba y la de otros países y regiones. Otro de sus aportes es considerar las diferencias territoriales (provinciales) del desarrollo, y las asociadas al género.

Estudios multidimensionales de la desigualdad

Incluyo aquí investigaciones cualitativas, cuantitativas y de metodologías y disciplinas combinadas, que utilizan datos secundarios de corte macro-socioeconómico (estadísticas continuas sobre ingresos, empleo, consumo y otras dimensiones del bienestar social y encuestas sobre pobreza) y los articulan con estudios cualitativos y de escala micro, enfatizando en una lectura relacional y de estratificación social y sus expresiones (en la estructura de propiedad y de clases, en el empleo, los cambios en la estructura agraria, los ingresos, el consumo material y cultural, el territorio, la familia, las estrategias de sobrevivencia, las relaciones interraciales, de género, entre otros).⁴⁸

Sus valores fundamentales estriban en diversificar las dimensiones que se tienen en cuenta para el análisis de las desventajas sociales, combinar indicadores macro y micro, cuantitativos y cualitativos, objetivos y subjetivos. Como tres especificaciones de este campo, resalto las investigaciones sobre la conexión raza-desigualdad, sobre la articulación del espacio con la heterogenización social, y acerca de las dimensiones subjetivas de la desigualdad.

El análisis de la articulación raza-desigualdad se ha enfocado considerando sus expresiones estructurales externas (acceso a propiedad, empleo, ingresos, condiciones de vida) y subjetivas (prejuicios, estereotipos, identidades, estigmas) y los nexos entre ellas.

La interpretación del espacio como factor de desigualdad lo observa tanto desde lo territorial como desde el espacio-relación (espacio familia, empleo,

comunidad) y contrasta la luminosidad y la oscuridad resultante de la distribución espacial de bienes y desventajas.

El análisis de dimensiones subjetivas aparece, generalmente, formando parte de otros más abarcadores, complementando las variables estructurales comúnmente consideradas objetivas con los perfiles subjetivos y la autopercepción de la pobreza, las escalas de desigualdad sentida por diferentes grupos sociales, la percepción y expectativas de movilidad, las exclusiones o desventajas simbólicas.⁴⁹ Tienen la intención explícita de acercarse a interpretaciones multidimensionales de la diversificación socioeconómica, que colocan la subjetividad y el espacio simbólico como elementos de expresión y configuración de la desigualdad.

Estudios de política social

Retoman la línea de las valoraciones concernientes a la política social cubana, combinando balances de las características y contenidos de la política social en el plano estratégico general con evaluaciones sectoriales.⁵⁰ Han proporcionado apreciaciones sobre el lugar de la equidad y la igualdad en el modelo de política social del socialismo cubano y el significado del aumento de los márgenes de desigualdad y su manejo, que han generado la crisis y la reforma. Aparece en estas reflexiones un debate sobre la propiedad estatal y sus posibilidades de complementación con otros agentes económicos en la generación de empleos, ingresos y oferta de servicios.

Estos estudios presentan una fuerte intención propositiva, y de ahí se ha derivado un extenso repertorio de recomendaciones, muchas de ellas, como las que tienen que ver con las posibilidades de multiplicación del abanico de formas de propiedad y la comprensión de la heterogeneidad social, con un perfil de innovación con respecto a las maneras tradicionales en que estos temas se han manejado en el país.

El análisis de la desigualdad en el pensamiento social cubano deberá afinar aún más sus instrumentos y superar debilidades, entre las que aprecio el excesivo empirismo, la ausencia del tema de la participación en la toma de decisiones como factor de desigualdad, y una visión todavía parcial que no ha logrado producir un panorama suficientemente integrado de las desigualdades, que articule los vínculos simultáneos de clase, raza, género, territorialidad, consumo material y espiritual, individuo-sociedad, subjetividad-estructuras externas.

Para concluir, quiero llamar la atención sobre algunas de las tendencias que forman parte del proceso de reestratificación, asociado a la crisis y la reforma, y que los estudios anteriores han logrado captar y

documentar, y dan cuenta del complicado escenario social de la Cuba actual, en una sociedad que se propone mantener un proyecto político alternativo al capitalismo y renovador del socialismo:

- Multiplicación de las formas de propiedad y fuentes de ingresos, diversificación de los agentes económicos.
- Recomposición de la pequeña clase media urbana.
- Diferenciación de los ingresos y segmentación del acceso al consumo, que incluye la remergencia de situaciones de pobreza, vulnerabilidad social y marginalidad, y la conformación de una élite económica cuyas ventajas no siempre se asocian al trabajo.
- Presencia de fuertes condicionamientos históricos y culturales y de la persistencia intergeneracional en la reproducción de la pobreza (como insuficiencia de activos, patrones de conducta, debilidad relativa de las capacidades para aprovechar las opciones de integración social y/o de desplegar estrategias de sobrevivencia eficientes).
- Proceso de marginalización, que genera una franja de pobreza precariamente conectada a los circuitos de integración (a las coberturas universales de algunos servicios públicos esenciales y de las estructuras de participación social local-comunitaria establecidas), cuya situación es entonces más crítica.
- Disminución de la capacidad del trabajo en general y del trabajo en el sector estatal tradicional en particular, para dotar de ingresos familiares adecuados. Elevado peso de fuentes no asociadas al trabajo (remesas, corrupción e ilegalidades) en la obtención de altos ingresos.
- Formación de redes que subvierten las formas de propiedad y de distribución socialista.
- Fortalecimiento de los vínculos entre espacialidad y desigualdad. El espacio como regulador inequitativo del acceso a oportunidades del bienestar.
- Explosión y diversificación de las estrategias familiares de sobrevivencia y de elevación de los ingresos, que suponen un repliegue desde el proyecto social al individual e incluyen prácticas cotidianas disímiles.
- Expansión de la economía informal y de su heterogénea estructura social propia.
- Diversificación de los perfiles subjetivos y de las percepciones sobre la desigualdad social, incluyendo sentimientos de exclusión y privación que no visualizan su solución.
- Persistencia y ampliación de desigualdades raciales de soporte estructural (desigualdades económicas racializadas) y simbólico (pervivencia de estereotipos, prejuicios y actitudes discriminatorias), que afectan a los grupos no blancos.

- Persistencia de brechas de género, que se expresan con particular fuerza en la esfera de la participación en la toma de decisiones.
- Insuficiente dotación de sustentabilidad económica de la política social e insistencia en un modelo de distribución universalista igualitario, en detrimento de la comprensión de la diversidad y de la autonomía de la unidad familiar para la elección de los satisfactores que se corresponden con sus necesidades específicas.

Notas

1. La periodización del pensamiento social utilizada parte de Inmanuel Wallerstein *et al.*, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, DF, 1995, y de su reelaboración en Mayra Espina «Complejidad y pensamiento social», en Luis Carrizo (coord.), *Transdisciplinariedad y complejidad en el análisis social*, Documento de Debate n. 70, MOST, UNESCO, París, 2003.
2. Sobre el ideal de simplificación, consultar Luis Carrizo, ob. cit.
3. El recorte del panorama se centra en la sociología, de cuya visión de la desigualdad se ha nutrido el resto de las ciencias sociales. El hilo conductor es el de la comprensión de la desigualdad en general, con lo que omito, consciente de la pérdida, el debate específico sobre clases sociales.
4. Para una revisión mínima, véase Carlos Marx, «Contribución a la crítica de la Economía Política. Prólogo», en *Marx, Engels y Lenin. Selección de textos*, t. III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; «Carta A Weydemeyer», en *Marx, Engels. Obras escogidas en dos tomos*, t. I, Progreso, Moscú, 1971; «Las clases», *El Capital*, t. III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Vladimir Ilich Lenin, «El Estado y la revolución», «Una gran iniciativa» y «Economía y política en la época de la dictadura del proletariado», *Obras escogidas en XII tomos*, t. VIII y X, Progreso, Moscú, 1977.
5. Véase Max Weber, «Estamentos y clases», en *Economía y sociedad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
6. Vilfredo Pareto, *Tratato di Sociología generale*, Comita, Milano, 1964.
7. José Félix Tezanos, *Tendencias en estratificación y desigualdad en España*, Sistema, Madrid, 1997, p. 24. De Tezanos, se infieren momentos en la sociología de las desigualdades: formación pluriparadigmática (matrices teóricas iniciales, segunda mitad del siglo XIX, principios del XX, hasta década de los 30); expansión (décadas de los 40 y los 50, debates entre la teoría de la estratificación social y la teoría marxista de las clases sociales, expansión de la investigación empírica); declive (finales de los 70 y años 80, percepción de tendencia hacia la igualdad que devalúa el tema, giro constructivista, debilitamiento de las explicaciones universalistas, integración y síntesis de paradigmas); recuperación (años 90-actualidad, ampliación de la desigualdad y la pobreza que recolocan el tema, desplazamiento hacia una visión dinámica, compleja y holística).
8. Véase Talcott Parsons, «Un enfoque analítico de la estratificación social», *Ensayos de teoría sociológica*, Paidós, Buenos Aires, 1967, y Kingsley Davis y William Moore, «Algunos principios de estratificación», en Reinhard Bendix y Seymour Lipset, *Clase, status y poder*, Euroamérica, Madrid, 1972.
9. Véase Kingsley Davis y William Moore, ob. cit.
10. Véase Emilio Lamo de Espinosa, «La sociología del siglo XX», REIS, n. 96, Madrid, 2001, pp. 21-50
11. Véase Ralph Dahrendorf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid, 1962.
12. Ibídem, pp. 171-2.
13. Ibídem, p.180.
14. Emilio Lamo de Espinosa, ob. cit, pp. 37-8.
15. Sobre integración y síntesis, véase George Ritzer, *Teoría sociológica contemporánea*, Boston University Press, 1993.
16. Véase Randal Collins, *The Credential Society: A Historical Sociology of Education and Stratification*, Academic Press, Orlando, 1979, y *Sociology Since Mid-Century. Essays in Theory Cumulation*, Academic Press, Orlando, 1981.
17. Véase Pierre Bourdieu, «Condición de clase y posición de clase», en Varios, *Estructuralismo y sociología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1966, y *Distinction*, Harvard University Press, Cambridge, 1986.
18. Véase Ronald Burt, *Structural Holes of Competition*, en www.revista-redes.rediris.es/html-vol_1/vol_1_3.htm.
19. Véase Jon Elster, *Marx hoy*, Paz y Terra, Río de Janeiro, 1989, y «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos», *Lua Nova*, n. 17, Sao Paulo, 1989, pp. 163-204.
20. Jon Elster, «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos», ed. cit., p. 191.
21. Véase Agnes Heller, *Lo cotidiano y la historia*, Paz y Terra, Río de Janeiro, 1985, y *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1987.
22. Véase Eric Olin Wright, *Clases*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
23. Sobre el tema de la colonialidad del saber, véase Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires, 2000.
24. Véase Iliana Rojas y Jorge Hernández, *Balace crítico de la sociología latinoamericana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
25. Sobre los aportes de la sociología latinoamericana, véase Francisco López Segrera, «Abrir, impensar y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región?», en Edgardo Lander, ob. cit.
26. Véase Raúl Prebisch, «El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas», en Rui Mauro Marini, *La teoría social latinoamericana, textos escogidos*, t. I, UNAM, México, 1994.
27. Véase Ruy Mauro Marini, «La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo», *Cuadernos Políticos*, n. 12, México, DF, 1997.
28. Véase Teothonio Dos Santos, «La teoría de la dependencia», en Francisco López Segrera (ed.), *Los retos de la globalización*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
29. Véase Rubén Falla, *El indio y las clases sociales*, Editora de Capacitación Social, Panamá, 1979.
30. Véase CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1990.
31. Véase Andrés Plá, «Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertenencia de las categorías

Mayra P. Espina Prieto

analíticas de clase social y clase obrera», en *Annuario*, n. 14, Escuela de Historia, Universidad de Rosario, 1989.

32. Véase Daniel Camacho, «Los movimientos sociales en la sociología latinoamericana reciente», en *Sistemas políticos, poder y sociedad*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992.

33. Véase Laura Tavares, «La reproducción ampliada de la pobreza en América Latina: el debate de las causas y de las alternativas de solución», ponencia presentada al Seminario Internacional «Estrategias de reducción de la pobreza en el Caribe. Los actores externos y su impacto», CLACSO-CROP, La Habana, 2002 y Anete Ivo, «Las nuevas políticas sociales de combate a la pobreza en América Latina: Dilemas y paradojas», ponencia presentada al Seminario Internacional «Papel del Estado en la lucha contra la pobreza», CLAPSO/CROP, Recife, 2002.

34. Pablo González Casanova, «La dialéctica del progreso y el progreso de la dialéctica», conferencia, Cátedra de la Complejidad, Instituto de Filosofía, La Habana, 2004, p. 5.

35. Jaime Osorio, «El neoestructuralismo y el subdesarrollo. Una visión crítica», *Nueva Sociedad*, n. 183, Caracas, 2003.

36. Véase Zoran Trputec, «Conceptualisation of Poverty and Struggle against it. Lessons from Central America», PLATS, UNAH, Tegucigalpa, 2001.

37. Véase Pablo Navarro, *El holograma social. Una ontología de la socialidad humana*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

38. Véase Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ediciones Populares, La Habana, 1961, y Fidel Castro, *La Historia me absolverá*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.

39. Nelson Lowry, *Rural Cuba*, The University of Minnesota Press, 1950.

40. Sobre esta etapa, véase Mayra Espina, «Transición y dinámica de los procesos socioestructurales», en Manuel Monereo, Manuel Riera y Juan Valdés, *Cuba construyendo el futuro*, El Viejo Topo, Madrid, 2000.

41. Ídem.

42. Ídem.

43. Véase Ángela Ferriol, «Ingresos y desigualdad en la sociedad cubana actual», en Manuel Menéndez (comp.), *Los cambios en la estructura socioclásica en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

44. Véase María del Carmen Zabala, «Alternativas de estrategias comunitarias para la atención a la pobreza», *Camino*, n. 15-16, La Habana, 1999.

45. Véase Aurelio Alonso, «La pobreza vista en tres escalas. Reflexiones sobre el Caribe hispano». Ponencia presentada al

Seminario Internacional «Estrategias de reducción de la pobreza en el Caribe. Los actores externos y su impacto», La Habana, 2002.

46. Véase Pablo Rodríguez *et al.*, «¿Pobreza, marginalidad o exclusión?: un estudio sobre el barrio Alturas del Mirador». Informe preliminar de investigación, Centro de Antropología, La Habana, 2004.

47. Véase Osvaldo Martínez *et al.*, *Investigación sobre el desarrollo humano en Cuba*, Caguayo, La Habana, 1997 y 2000.

48. Véase Juan Carlos Albizu-Campos, «La mortalidad en Cuba. Transición, desarrollo y cambios», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez (comp.), *Heterogeneidad social en la Cuba actual*, CESBH, La Habana, 2004; Dayma Echevarría, «Mujer, empleo y dirección en Cuba: algo más que estadísticas», en *Quince años del Centro de Estudios de la Economía Cubana*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004; Mayra Espina, «Reestratificación y desigualdad», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez, *ob.cit.*; Mayra Espina *et al.*, «Componentes sociestructurales y distancias sociales en la ciudad», Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 2002; Rodrigo Espina y Pablo Rodríguez, «Raza y desigualdad en la Cuba actual», ponencia presentada al Taller «Pobreza y política social en Cuba. Los retos del cambio económico y social», DRCLAS-CIPS, La Habana, 2004; Luisa Íñiguez, «Desigualdades espaciales en Cuba: entre herencias y emergencias», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez *ob.cit.*; Aríbel Leyva, «Estructura social y relaciones agrarias en la provincia Granma a partir de 1993», tesis doctoral (versión de predefensa), La Habana, 2006; Esteban Morales, «Cuba: los retos del color», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez, *ob.cit.*; Viviana Togores, «Ingresos monetarios de la población, cambios en la distribución y efectos sobre el nivel de vida», en *Quince años del Centro de Estudios de la Economía Cubana*, *ed.cit.*; Norma Vasallo, «El género: un análisis de la naturalización de las desigualdades», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez, *ob.cit.*

49. Véase María del Carmen Zabala y Elaine Argüelles, «Desigualdades sociales: dimensión subjetiva en el escenario comunitario capitalino», en Luisa Íñiguez y Omar Pérez, *ob.cit.*

50. Véase Mayra Espina, *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*, CLACSO-CROP, Fondos del CIPS, (en proceso editorial), 2004; Ángela Ferriol, «Política social cubana: situación y transformaciones», *Temas*, n. 11, La Habana, julio-septiembre de 1997; Victoria Pérez, «Ajuste económico e impactos sociales. Los retos de la educación y la salud pública en Cuba», *Cuba Investigación Económica*, a. 6, n. 1, La Habana, 2000.

© TEMAS, 2006.